

¿Ha muerto Shakespeare?

Mark Twain

sequitur

Indice

¿Ha muerto Shakespeare?	9
Una biografía	81
En compañía de un curioso	87
Notas	93

¿Ha muerto Shakespeare?

Desperdigadas entre las pilas de manuscritos inéditos que constituyen la masa de mi formidable *Diario y Autobiografía*, hay algunas cuartillas, que en un remoto futuro alguien habrá de encontrar, dedicadas a los "Pretendientes", a destacados pretendientes: desde Satán hasta Mary Baker G. Eddy,¹ pasando por el Becerro de Oro, el Profeta velado de Korasán,² Luis XVII,³ William Shakespeare, Arthur Orton⁴ y muchos más: pretendientes eminentes, pretendientes con éxito y pretendientes derrotados, pretendientes regios y pretendientes plebeyos, pretendientes vistosos y pretendientes desarrapados, pretendientes reverenciados y pretendientes despreciados, que centellean como estrellas dispersas allende las nieblas de la historia, de la leyenda, de la tradición, como una intrigante tribu rodeada de misterio y fascinación y sobre la que leemos con hondo interés y discutimos con cariño o rencor según el partido que hayamos tomado en la contienda.

Siempre ha sido así. Jamás ha habido pretendiente sin audiencia y séquito de fanáticos, por endeble que fueran los fundamentos de su pretensión, por falsos que resultaran los títulos de la misma. La pretensión de Arthur Orton de ser nada menos que el mismísimo barón Tichborne redivivo era tan endeble como la de la señora Eddy asegurando que su famoso libro *Ciencia y Salud* le había sido dictado por la Divinidad en persona. Orton pudo, no obstante, reunir un poderoso ejército de rendidos e incorregibles secuaces, para muchos de los cuales la luz de la evidencia no se impuso ni aun después de ver en la cárcel, convicta de perjurio, a la deidad barriguda en quien habían depositado su fe. Esto pasó hace cuarenta años, y hoy mismo vemos a la señora Eddy con un inmenso séquito de partidarios que aumentan día a día.

No pocos seguidores de Orton eran gentes letradas, mentes educadas y lo mismo cabe decir de los seguidores de la señora Eddy: su iglesia, como toda iglesia, atrae a toda clase de personas. Los pretendientes siempre logran contar con seguidores, y poco importa quienes son, lo que pretenden o si disponen de títulos o no para ello. Siempre ha sido así.

Aun en un pasado ya desvanecido, haciendo exploraciones a través de los abismos del tiempo, si aplicamos el oído atentamente, percibiremos el rumor de la crédula muchedumbre aclamando a sus Perkin Warbeck y a sus Lambert Simnel.⁵

Llega a mis manos un libro que un amigo me envía desde Inglaterra. Se titula *The Shakespeare Problem Restated*,⁶ a vueltas con el problema de Shakespeare. Hace medio siglo que esta cuestión me interesa, si bien durante los últimos tres años se había adormecido un tanto mi curiosidad; pero este nuevo libro la excita de nuevo, pues veo que el problema se plantea con claridad y se discute de un modo razonado.

Mi afición a los estudios de biografía shakespeareana data de 1857, quizá 1856, época, ya muy distante, en que se publicó el libro de Denia Bacon. Un año después, mi maestro de pilotaje, Bixby, me trasladó a de su buque al *Pennsylvania* y me puso bajo las órdenes e instrucciones de George Ealer, muerto hace ya muchos, muchos años. Navegué con él durante algunos meses, desempeñando las humildes tareas de aprendiz, que consistían en servir de vigilante desde la salida hasta la puesta del sol y en dar vuelta al timón bajo la severa dirección y crítica del amo y maestro.

Ealer era un gran jugador de ajedrez y un idólatra de Shakespeare. Jugaba ajedrez con todo el mundo, incluso conmigo, para lo que no vacilaba en deponer momentáneamente su dignidad oficial. De igual modo, me leía las obras de Shakespeare, y esto no porque yo se lo pidiera, sino con espontaneidad y durante largas horas, cuando estaba de cuarto y yo lo acompañaba en el timón.

Su elocución era correcta, pero yo no aprovechaba la lectura a causa de las órdenes inyectadas en el texto. Lo que oía era un Shakespeare interrumpido, mezclado, confundido y enredado de tal modo, que en los recodos difíciles y peligrosos del río, una persona ignorante no habría acertado a decir cuándo hablaba Ealer por cuenta de Shakespeare y cuándo lo hacía como piloto. Ejemplo:

"Yo me atrevo a lo que se atreva el más osado. Acércate. ¿Para qué echas la sonda? ¡Haces unas tonterías!... Bajo la forma que afecta... ¡Déjala correr! El oso velludo de Rusia, el armado rinoceronte o el... ¡Se va! ¡Detente, detente! ¿No ves que se arroja sobre los arrecifes?..., del tigre hircano. Toma cualquier forma, pero deja esa, y mis firmes nervios... Se va hasta encallar en medio del bosque si no te percatas. Retén a

estribor, da con fuerza a babor, y adelante. Mantén a estribor... Ahora, sí. Todo va bien. Sigue de frente... No temblarán jamás. O vuelve a la vida y rétame al desierto... ¡Maldito muchacho! ¿No puedes alejarte de esas aguas estancadas como el aceite? ¡Da hacia abajo! ¡Firme! ¡Más fuerte!..., con tu espada, y si temblando me retiro, entonces... ¡Echa la sonda! Pero no así. Sólo la de estribor. Deja la otra..., llámame criatura recién nacida. ¡Apártate, horrible espectro! El reloj da las dos, y el vigilante estará dormido, seguramente. Baja y llama tú mismo a Brown. ¡Burla irreal, apártate".⁷

No sólo era un buen lector, sino un lector espléndido, conmovedor, tempestuoso y trágico. Pero para mí fue causa de un mal irreparable, pues jamás he podido leer a Shakespeare de un modo razonable, tranquilo. Y resultan inútiles cuantos esfuerzos hago para librarme del recuerdo de aquellas explosivas intercalaciones: "¡Qué diablos estás haciendo! ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Más! Ahora mantén el rumbo". Abro el libro, y al instante suenan en mis oídos las desquiciadoras interrupciones que brotaban continuamente de la boca de Ealer. Las oigo con toda claridad, como en aquella época lejana, como hace medio siglo, como hace cincuenta y un años.

No; las lecturas de Ealer estuvieron muy lejos de contribuir a mi educación. Más bien, debo considerarlas perjudiciales para mí.

Cuantas veces hizo intercalaciones en el texto del poeta, el resultado fue deslucirlo antes que darle mayor encanto, pero, por lo demás, Ealer era un gran recitador. Debo decirlo en justicia. Casi no ponía los ojos en el libro, pues no necesitaba ver el texto. Conocía a Shakespeare como Euclides su tabla de multiplicar.

El piloto del Misisipi, adorador de Shakespeare, ¿tuvo algún comentario que hacer al libro de Delia Bacon? Sí. Los hizo abundantemente. No habló de otra cosa durante algún tiempo. En la primera, en la segunda y en la tercera guardia se discutía el tema. Probablemente durante el sueño, Ealer seguía debatiendo. No bien se publicaba un libro sobre la cuestión, lo compraba, y ese libro nos daba tema de discusión a lo largo de las mil trescientas millas de río, que recorríamos cuatro veces en treinta y cinco días, tiempo empleado por aquel rápido vapor para hacer dos viajes de ida y vuelta.

Discutíamos, discutíamos, discutíamos; disputábamos, disputábamos, disputábamos. Por lo menos, él lo hacía, y yo, de vez en cuando, intercalaba una palabra, si me lo permitían las breves interrupciones del conferencista.

Ealer argumentaba con calor, con energía, con violencia. Yo lo hacía con la moderación y la reserva de un subordinado, temeroso de que se me arrojara desde los cuarenta pies de altura que levantaba la caseta del timonel sobre la superficie del agua.

Ealer era un bravo y leal partidario de Shakespeare. Despreciaba cordialmente a Bacon y se reía de todas las pretensiones de los baconianos.

Mi actitud era idéntica..., en un principio. Y en un principio, él se felicitaba de que así fuese mi actitud. Podía notar señales de que admiraba mi manera de juzgar. Esas señales eran muy leves, tan leves como debían ser, dada la enorme distancia que existe entre la sublime cumbre de un piloto y mi rebajada posición. Con todo, yo percibía esas señales y las recibía como cumplidos, como unos cumplidos procedentes de más allá de la zona de las nieves perpetuas, que ni se derritían ni encenderían llama alguna, ni siquiera en la vanidad de un piloto inci-

piente; pero detectables y delectables cumplidos eran. Me halagaba sentir que yo era siempre más leal a Shakespeare, si podía haber mayor lealtad en mí de la que había tenido hasta entonces. Me halagaba sentir que mis prejuicios contra Bacon se agigantaban, si es que aún podían aumentar. Y, así, discutíamos y discutíamos, ambos en el mismo bando, y éramos felices; pero sólo duró un tiempo, un tiempo breve, un tiempo, muy, muy breve. Luego los ánimos empezaron a cambiar, se fueron enfriando.

Una persona más avispada que yo, habría anticipado los acontecimientos; pero yo pude verlos, sin embargo, con la necesaria antelación, a efectos prácticos. Ocurre que Ealer era de temperamento argumentativo, de modo que no tardó en cansarse de discutir con una persona que no le llevaba la contraria y, por tanto, no le daba elementos de provocación para lucir el claro diamante de su lógica, aquella joya riquísima, tallada en roca, de cien caras, que lanzaba ofuscadores destellos. *Razonar* era su lema, o así llamaba él a sus alegaciones. Lo mismo ocurre en la controversia Bacon-Shakespeare: mil veces hemos oído decir que *razonan* todos los que alegan..., a favor de Shakespeare.

Sucedió entonces lo que suele suceder siempre que pugna un principio con un interés: hay que elegir. Yo hice mi elección: abandoné el principio, y me pasé al otro bando. No completamente, pero sí lo suficiente, es decir, tan sólo pasé a *creer* que Bacon escribió las obras de Shakespeare, mientras *sabía* que no las había escrito Shakespeare. Esto satisfizo a Ealer, y la guerra pudo estallar.

A fuerza de estudio, de práctica, de experiencias repetidas, llegué a poder defender mis posiciones casi en serio y, poco después, completamente en serio y, luego, con devoción, dedi-